

# Ella

Por Roland



**N**O voy a negar que mi amor por ella era intenso, y muchas veces le declaré aquella pasión desbocada que me estrujaba el alma, pero siempre recibía cierto rechazo elegante, o quizá indiferencia, aunque no negación tajante, lo que podía ser una quimérica posibilidad de llegarle a la cima de su bendecido cuerpo.

La veía de lejos, con aquel movimiento pélvico aturridor, y la imaginaba revolcada en mis brazos entre lascivos besos. Era aquello un sentimiento insoportable, al extremo de consultarme con un psicólogo, y así lo hice:

—Lo que usted debe hacer es conversar en secreto con una amistad de ella y averiguar qué regalo quisiera tener, algo que no se encuentre, y ya verá que ella será suya —dijo el psicólogo.

—¡Pero, doctor, si hasta le prometí subir al cielo y bajarle un montón de estrellas!

—Entiendo su agonía, pero usted no es cosmonauta ni la cabeza de un guanajo.

Salí contrariado de la consulta con las ideas atropellándose unas contra otras:

«Qué hago, Dios mío, ¿tendré que buscar una amiga de ella?... no sé el regalo que pueda hacerle, ¿y si no me lo acepta como otros que le ofrecí?... Lo mejor, como dijo el psicólogo, es buscar una amiga de su confianza, ¡y eso mismo haré!»

Al otro día pude localizar a una de sus amigas. Me le acerqué y le confesé mis sentimientos. No tuvo reparo alguno; se pegó a mi oído y me susurró el secreto:

«ppsss...ppsss...chuchuchú...chuchuchú...y chuchuchú»

No faltó nada para ir de nalgas al piso cuando escuché aquello. A veces pienso que a ciertas mujeres no hay quién las entienda. Vaya antojo el de ella con lo perdido que está su capricho. De todos modos debo luchar por ella, y quizás si satisfago su deseo, podré conquistarla.

Llegué a mi casa, cogí dinero y una jaba y zapateé todas las rinconeras de barrios con

sus callejuelas. Luego de dar mucha pata pude notar a un viejito en el portal de su vivienda que tenía a la venta par de jarros llenos de la mercancía.

El contenido era una libra en cada jarro con un precio de diez pesos:

—Me echa las dos libras en la jaba —le dije al viejo.

Ahí mismo regresé en busca de ella. La pude ver asomada a la ventana de su casa. Llegué con la jaba llena de su gusto incontrolable, me arrodillé a su vera, y le dije beatíficamente:

—Aquí te traigo lo que más ansías. Es la prueba de todo el amor que siento por ti.

—¡Ay, papi, me trajiste papas!... Eres un tesoro, ven y entra, que ahora sí te voy a querer como mereces.

Y aquella noche hicimos el amor que tanto batallé. Por eso pienso que en la vida nada es imposible, aunque digan que todo está perdido, pero yo voy a entregar mi corazón.

La pasión por ella fue difícil, pero al final me la comí con papas.



Linares



JAVIER



Rolo



RAND



MIRA



COAL